

EL enfermo que traspasa las puertas de este Hospital Oncológico no debe dejar en ellas la esperanza. Existe una eficaz organización que da permanente batalla a la enfermedad. Para ello cuenta con los elementos más avanzados de la técnica moderna en todos sus Departamentos. Destacan las instalaciones montadas en un bunker independiente, aislado del resto de los edificios, donde funciona el Servicio de Radioterapia y los aparatos de cobalto para el tratamiento nuclear y de supervoltaje de los pacientes.

EL Hospital Médico Quirúrgico puede presentarse como modelo en su género. Consta de ocho plantas, de atención hospitalaria general, médica y quirúrgica, con pabellón anejo de clínica privada conectado directamente con las anteriores, habida cuenta que son de utilización común los servicios de laboratorio, quirófano, radiología y otros generales.

TIENE el Hospital Médico Quirúrgico una capacidad que rebasa las 1.000 camas, distribuidas en habitaciones individuales o hasta un máximo de tres camas, tan lejos del viejo sistema de naves con numerosas camas alineadas, símbolo de la hospitalización masiva, con la que se ha roto feliz y definitivamente.

TODAS las habitaciones tienen aire acondicionado, teléfono y receptor de televisión. Y están dotadas de ventanales especialmente preparados para la regulación térmica y acústica. Cuentan además con toma directa de oxígeno y otras instalaciones dirigidas a la inmediata atención del enfermo, todo dentro de las técnicas más avanzadas en la materia.

LAS dos plantas inferiores de este Gran Hospital Médico Quirúrgico albergan los servicios de Anatomía Patológica y de Radiología, además del Gabinete Fotográfico, Laboratorio, Policlínica, Capilla y Aula Magna, ambas de gran capacidad.

LA planta principal alberga los Servicios de Dirección, Administración, Recepción, Biblioteca, Archivo de historias clínicas, cafetería, etc.

APARTE, un Servicio de Urgencia, con dependencias de aislamiento y dos quirófanos que aseguran la inmediata atención quirúrgica de los casos que responden al carácter urgente de dicho Servicio.

COMPLETAN esta planta principal la Central de Esterilización, órgano importante entre los fundamentales con que debe contar un Centro hospitalario, con su conjunto de autoclaves automáticas que garantizan la asepsia permanente en cuantas instalaciones y material es requerido, y un amplio Servicio de Traumatología, Ortopedia y Rehabilitación, con gimnasio, piscina, etc., así como un quirófano propio a estos fines.

EN la planta primera se hallan instalados siete quirófanos en rotonda circular, con dimensión cada uno de 49 metros cuadrados, dotados, aparte del más avanzado material, de circuito cerrado de televisión en color, que permite ampliar el campo de observación y enseñanza, en labor que contribuye a la for-

mación de nuevas generaciones médicas en servicio de la idea de ejercicio simultáneo de labor asistencial y docente.

EL Servicio de Reanimación y Cuidados Intensivos es una instalación esencial, elemento tan importante en la batalla que a diario se libra contra la enfermedad en este hospital modelo, en conexión directa con el bloque quirúrgico. Dispone de 40 camas monitorizadas, de control automático, con cámaras especiales, tiendas de aislamiento y cuanto la téc-

nica más moderna ha puesto en servicio de este tipo de instalaciones.

EN las plantas superiores se distribuyen los restantes servicios de Medicina Interna, Cirugía y Especialidades Médicas, con tres nuevos quirófanos en la planta segunda y otro más en la sexta, dedicado expresamente a cirugía plástica y quemados. Independientemente de la dotación central de Radiología, existe en cada Servicio una instalación de Rayos X de utilización habitual.

A modo de plataforma al cielo, corona la espléndida organización de la Ciudad Sanitaria "Francisco Franco", de la Excm. Diputación Provincial de Madrid, un helipuerto, cuya utilización resuelve las dificultades tan normales en la congestión urbana, que pueden oponerse al rápido traslado de los enfermos con la urgencia necesaria; un Servicio que acelera la llegada del enfermo al esperanzado objetivo de su curación, tantas veces conseguido felizmente y a cuyo logro se dirigen todos los esfuerzos de la compleja instalación de esta Ciudad Sanitaria "Francisco Franco".



Vistas aéreas - Fotos Marcelino

LA NUEVA MUTUA

Sociedad de Seguros Mutuos

————— (FUNDADA EN 1944) —————

SEGUROS DE AUTOMOVILES
BRAVO MURILLO, NUM. 60

Teléfonos:

DIRECCION: 253 15 95

ADMINISTRACION: 234 35 65

SINIESTROS: 234 47 14



LA calle del Pez está escondida en el viejo Madrid. Es una calle estrecha de portales antiguos y llenos de polvo. Allí, el cielo es una franja negra, llena de estrellas en la noche, y en la mañana un caminito azul de esperanza con nubecillas blancas que juegan a esconderse entre los tejados.

Yo vivo en la calle del Pez porque en algún sitio hay que vivir y también porque las pensiones baratas al alcance de una pobre estudiante se encuentran siempre en calles perdidas en la ciudad, vacías de ruidos y junto a algún farolillo triste que sabe a vino, a tango y a recuerdos inolvidables.

...¡Si es estrecha la calle del Pez! Tan estrecha que andando con el alma se pueden tocar los portales de ambas aceras. Al fondo un coche viejo y mal aparcado descansa. El suelo está sucio de grasa y los edificios no son muy altos. Pero tampoco es muy alta la gente que pasa. ¿Los hombres? Cabizbajos y silenciosos. ¿Las mujeres? Chillonas. ¿Los niños? Sí, a veces también hay niños.

En la mañana temprano se oye pasar al lechero y en el atardecer, mientras el sol se va y el cielo es naranja, don Anselmo saluda con el sombrero inclinando su calva y doña Catalina le contesta desde el cuarto de estar de mi pensión:

—Buenas tardes, don Anselmo. ¿Qué, ya de vuelta?

Don Anselmo gira su cuerpo a la izquierda y alza la cabeza:

—Ya de vuelta, doña Catalina.

Y luego mira al vacío:

—Ya de vuelta, y mañana otra vez.

¿Quiere usted saber de mi historia? Pues verá. Mi historia comienza allí en la pensión.

En la sala de estar las paredes son blancas y húmedas, llenas de retratos antiguos que saben a muertos. La bombilla apenas alumbraba. Encima de la mesa, cuelga del techo la jaula de doña Carlota. Antes había un pájaro dentro, pero un día se fué. El sol también se va cuando dan las seis. Ya ve, nada está hecho para quedarse. De tener alas don Anselmo, doña Carlota o yo, también echaríamos a volar.

Frente a la puerta que da a la cocina está la ventana. La habitación es sombría. Las palabras, dichas con cariño, con la belleza de los momentos felices y la tristeza del pasado.

A veces algún pajarillo... silba.

—¡Vaya qué niña! Otra vez botando la pelota.

Tani se asoma a la ventana de la cocina:

—Los niños están hechos para jugar.

Tani es la más pequeña de las tres hermanas. Baja la persiana y se sienta cómodamente en un sillón.

—¿Qué día es hoy?

Tani cuenta ya los sesenta y cinco años. A pesar de su diabetes, es juguetona y alegre, por las mañanas canta siempre mientras sacude el polvo a los tres sillones de mimbre que heredaron de su padre cuando éste murió siendo veterinario en un pueblecito de Andalucía.

—Mañana es domingo.

Amelia es la mayor de las hermanas, gira su abanico al compás de las palabras:

—Do-min-go. Do-min-go otra vez.

—A mí los domingos me gustan.

Amelia padece del hígado desde hace ¡Dios sabe cuantos años! Un día le dió un mareo tan grande que un poco más y no lo cuenta. Llamaron sus hermanas a un médico de pago más que de prisa porque la Amelia se les iba de un suspiro a otro. El médico la operó aquella misma semana, pero les llevó un capital.

—¡Más que las tres pesamos en pesetas!

Decía siempre doña Catalina, que era la hermana del medio. Doña Catalina era una mujer de carácter. Quedó viuda sin hijos a los treinta y cinco años. En honor a doña Catalina diremos que todo el trabajo duro de la casa era para ella. ¡Que si la cocina... Que si la compra... Que si la ropa de los huéspedes...! Porque para poder ir tirando, es decir comiendo, tuvieron que poner un anuncio en el periódico pidiendo huéspedes. Por eso estamos aquí doña Carlota y yo.

Doña Carlota también cuenta ya muchos años. Paga bien por su habitación. Habla poquito y es cariñosa. Cuando llega el verano, doña Carlota se pone un sombrero de malla azul marino con una flor blanca en el centro. Alguna vez oí decir a doña Catalina:

—¡Si dormirá con el sombrero esta mujer!

Así es mi pensión. Sencilla, triste y alegre. Así era la vida nuestra y las personas.

Las tres hermanas se querían mucho. Sin más familia ni más cariño que el que cada una de ellas podían brindarse. Llegaron a Madrid muy jóve-



nes, después de la guerra. La guerra les quitó todo, su madre, sus fincas. ¡Todo!

Aún recuerda doña Catalina cuando llegaron a Madrid. La Amelia estaba muy hermosa. Tuvo un novio que era capitán y que la dejó cuando faltaban dos meses para la boda. En fin... de aquellas cosas mejor es ni recordar, decía doña Catalina. Pero la Amelia venga a mirar las fotos.

—¡No se olvida lo que se ha querido! Amelia suspira.

—¡Es pesada la niña botando la pelota!

—Déjala, no molesta a nadie.

—A mí me duele la cabeza y sí me está molestando.

Doña Catalina deja el jabón sobre la mesa de la cocina. Con las manos húmedas sube la persiana y luego asoma la cabeza:

—Oyes, rica, ¿no podías dejar la pelota un ratito?

—Los niños no pueden dejar la pelota cuando están jugando, Catalina.

Es entrada la tarde, pronto empezará a anochecer. En la noche el cielo es negro, más regio y más elegante. El

cielo negro es tan inmenso que la gente parece más insignificante cuando llega la noche.

—¡Hija de...! ¡No sirves para nada! Eso es lo que tú sabes hacer nada más.

—¡Calla, por Dios, no me martirices ahora, después de esperarte toda la tarde!

Doña Catalina mueve la cabeza y con un gesto irónico:

—¡Casarte para esto!

Desde el patio de los vecinos se ven encendidas las luces de cada piso. La hija del portero ya no juega a la pelota. Se oye la radio del segundo izquierdo y un cristal que se rompe. Un jarro de porcelana cae por el suelo. Doña Catalina vuelve a suspirar:

—¡No fué así mi matrimonio!

—Para mí que la culpa la tiene la madre de ella.

—La madre de ella y ella y él. Cuando hay gritos, la culpa la tienen los que gritan.

Hace calor, calor, calor...

Doña Carlota sale de su habitación y pasea por la sala como cada noche, lentamente con un libro de tapas negras en la mano, a veces pasa las cuen-

tas de un rosario y mueve sus labios pálidos y húmedos por el ritmo de sus rezos.

Doña Carlota llega hasta la cocina y asoma la cabeza por la ventana. Algunos cristales rotos brillan en el suelo del patinillo.

—Presentáronle un monstruo de dos cabezas y una mujer ya de avanzada edad que suplicaba con sus manos y con sus ojos la vida. Pero Salomón se levantó y dijo: A la mujer córtenle la cabeza. Y el monstruo queda libre.

Doña Carlota se vuelve hacia nosotros y dice misteriosamente:

—La mujer, era una suegra.

Y la Amelia con un ademán de complicidad:

—Ya he dicho antes que la culpa es de la madre de ella.

Sí, así es mi pensión y la noche. Y yo... como usted, pequeña espectadora de este teatro, sonrío a veces, a veces aplaudo y a veces miro con tristeza los personajes, pero nunca mi alma por ellos puede reír o llorar.

—Cuando tú te eches novio, que no lo dejes escapar por nada del mundo, me decía la Amelia.

—¡Un hombre, aunque sea de palo! Si no, mira que solas estamos aquí las tres.

La brisa de la noche llena la habitación del sabor cálido del mar. Y si se respira profundamente, sabe el aire a fruta, a besos y a la tierra del campo.

—Parece que se ha puesto nublado.

Las tres mujeres suspiran:

—¡Por Dios, mujer, que no te oiga el tiempo!



Nunca oye el tiempo a las personas. Pienso. Y escucho aquellas tres mujeres que se aferran a la vida con un deseo desesperado de vivir, aunque sólo puedan gustar ya del recuerdo.

—¿Qué, y mañana domingo dónde va la niña?

—Pues... no sé.

—¡Bah!, la juventud. En mis tiempos...

—¡Calla, Tani!, que tú aún eres joven.

Tani tiene los ojos castaños como el pelo y abiertos como dos ventanas de luz y de tristeza. Baja la cabeza y acaricia suavemente el brazo del sillón.

—Bueno, aún soy joven. De todas formas, en mis tiempos nos divertíamos más.

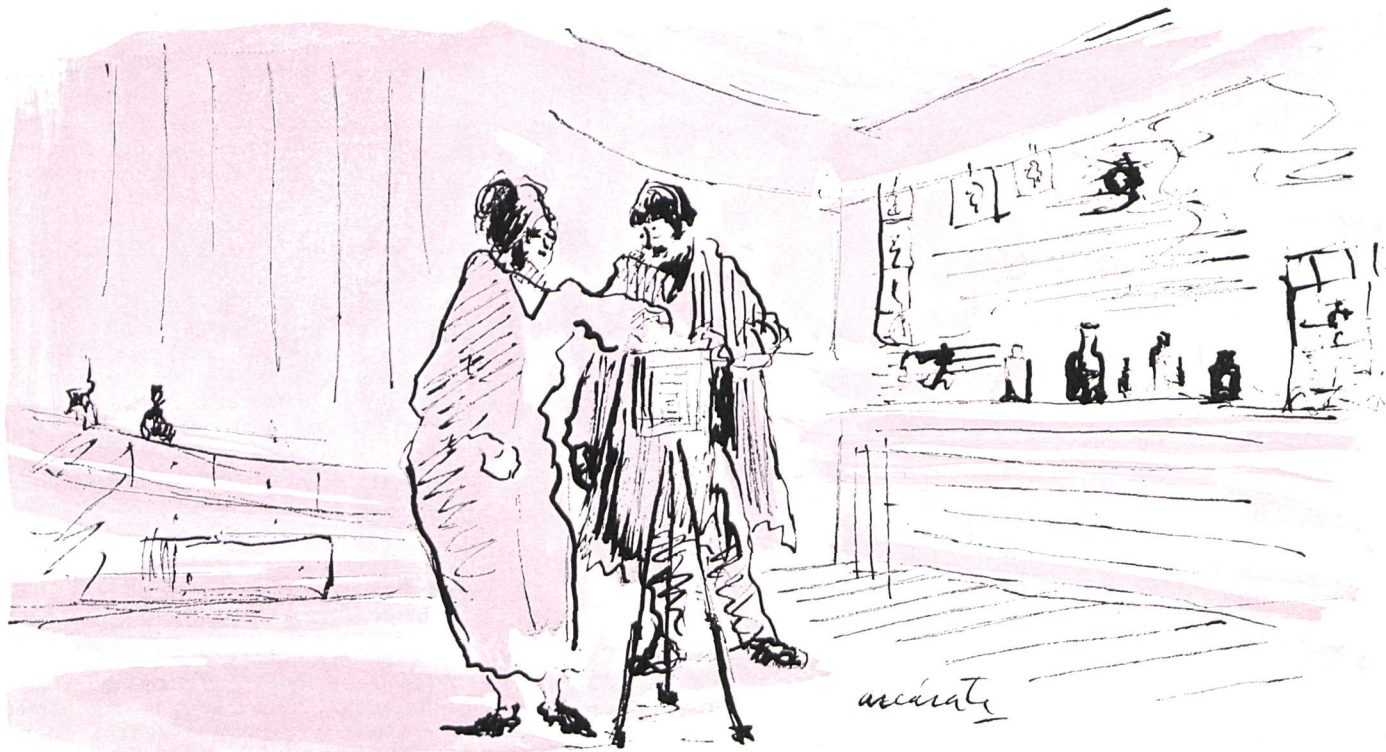
Amelia suspira:

—Y de piropos... No como ahora, ahora no saben decir nada los hombres.

Y entonces Amelia cuenta otra vez la historia aquella del fotógrafo. ¿Usted no recuerda la historia aquella del fotógrafo? ¿No recuerda que Amelia nos cuenta siempre la misma historia?

Pues... Es que un día, cuando aún vivía el marido de doña Catalina, fué la Amelia a hacerse una fotografía con ellos. El fotógrafo la metió en un cuarto muy oscuro, muy oscuro y... ¡Que mire usted el pajarito! Y que el pajarito no salía. ¡Y que usted mire que va a salir! Y que el pajarito nada. Hasta que el fotógrafo se acercó a la Amelia y la Amelia gritó y entró el cuñado... ¡y zas...!, el fotógrafo en el suelo, el autobús y a casa. Y el marido de doña Catalina: ¡Que no salgo más





con tu hermana! Y doña Catalina: ¡Por Dios, qué disgusto!

—¡Aquellos sí que eran hombres!

Tani se ha quedado dormida.

Un día Tani se murió. Le daban dolores de cabeza, tosía mucho y como doña Catalina y la Amelia no querían llamar al médico porque desde la operación del hígado de Amelia le habían prometido un jamón y no habían tenido dinero para comprarlo, pues creyeron que era una gripe de esas, y venga darle aspirinas y limonadas y naranjas con azúcar, hasta que... Tani entró en coma diabético y un día se murió.

Doña Carlota trasladó la jaula del pájaro a su dormitorio porque sin el pájaro dentro no está bien que la vean las visitas, y luego lloró con la Amelia y con doña Catalina:

—¡Ay!, quién la seguirá. ¿Quién se morirá después?

—¡Ay, Dios mío!, ¿por qué le daríamos tanta limonada? De saberlo nosotras...

Yo las observaba apenas con interés, adivinando ya el final de la película desde mi rincón en la sala de estar. No podía sentir pena alguna, ni siquiera lástima. ¡Qué sé yo! Las personas nacen para morir. ¡Si es la vida irónica!... ni llorar, ni reír, ni decir nada porque a veces no se tiene nada que decir.

La única visita fue la señora Paca, que vivía en el tercero y bajó.

—No se ponga usted así, doña Catalina, qué se le va a hacer. Todo el mundo se muere.

La señora Paca está casada con un guardia urbano, mueve las manos cuando habla. La señora Paca es menudita y no pudo tener hijos. Los domingos por la tarde la señora Paca y su marido oyen la radio en la mesa-camilla si es invierno, y en el verano salen a veces a pasear en el anochecer.

—¿No recuerda usted aquella viejecita del cuarto? Pues aquella sí que murió de pronto. "Pa" mí que la envenenaron entre los sobrinos.

Doña Catalina se santigua y abre los ojos exaltada:

—¡Jesús! No diga usted eso ni en broma.

—Bueno, envenenarla, envenenarla... vaya usted a saber. Pero más sola que un perro sí que murió, que si no es por mí y por doña Teo todavía estaría allí muerta y oliendo. No como su hermana Tani, que murió con ustedes dos llorándola, y que comulgó y confesó.

Doña Catalina se sintió más tranquila de pronto.

La señora Paca allí es como una chispa de alegría, de risa, de fuego en medio de un océano negro. La señora Paca tuvo que marcharse porque ya se hacía muy tarde.

La habitación quedó vacía y el silencio se hizo pesado e interminable hasta que llegó el nuevo día. ¡Siempre llega el nuevo día!

—¡Cómo corre el tiempo!

—¡Pero qué lentas son las horas!

Las horas de tristeza, de tristeza, de tristeza.

El domingo por la mañana el lechero sube más tarde la leche. Doña Catalina aprovecha y se levanta a las nueve y la Amelia desayuna en la cama. Cuando Tani estaba, también desayunaba en la cama los domingos.

El sol del domingo trae la alegría de las calles y la prisa de las gentes. Huele a ropa limpia, a misa y a café. El domingo por la mañana es para mirar desde una ventana la calle del Pez y pedirle al tiempo que no pase nunca.

Pero un domingo por la mañana fue cuando pasó aquello de doña Catalina. Alguna vez tenía que suceder. Se distrajo en un cruce y... cuando llamaron a la Amelia del hospital, a doña Catalina le habían hecho ya la autopsia. La Amelia no quiso ir a verla.

"Son muy malos los accidentes", dijo el lechero aquel mismo día, pero la Amelia le pagó el dinero de la leche y el lechero se marchó.

La Amelia poco a poco se iba consumiendo. Siempre miraba la ventana.

—¿No será una confusión y Catalina estará por ahí perdida?

Doña Carlota le hacía caldo, pero la Amelia apenas abría la boca.

Dicen que la Amelia murió de tristeza.

Al poco tiempo yo también tuve que marcharme. Al alejarme de la calle del Pez, un sentimiento extraño llenó mi corazón. Algunas cosas no las olvidaría nunca. ¿O quizás sí? Qué sé yo. Yo estaba llena de vida, cogí mi maleta y empecé a caminar. Sentí que pedazos de mi corazón dejaba en la calle del Pez. Pero tenía la vida en mi cuerpo y en mi alma un deseo desesperado de vivir. De todas formas alguna vez recordaría a Tani sentada en su sillón de mimbre, leyendo a veces y sonriendo siempre con toda la tristeza de sus ojos. Y a doña Catalina trajinando en la cocina con sus manos húmedas y estropeadas por el agua.

—Se ha ido la niña.

—Sí, se ha ido. Nosotras también nos iremos pronto.

—¡Calle, no diga eso, por Dios. Esas cosas nunca se saben!

El sol se esconde lentamente, lentamente, lentamente.

—Ya se ha ido el sol, doña Carlota.

—Sí, ya se ha ido el sol.

La Amelia deja el abanico sobre la mesa.

—Hay que guardar el abanico hasta el año que viene otra vez.

—Sí. El calor también se ha ido y las moscas.

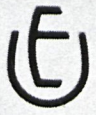
—¿Quiere usted cerrar la ventana, doña Carlota, que ya va haciendo mucho fresco?

Con la ventana cerrada los gritos se oyen lejanos y apenas las palabras se distinguen.

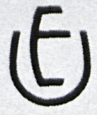
—¡Hija de...!

Doña Carlota y la Amelia se miran:

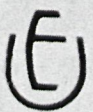
—Yo siempre he dicho que la culpa es de la madre de ella...



UNION ELECTRICA



EMPRESA PRODUCTORA Y DISTRIBUIDORA DE ENERGIA ELECTRICA



VELAZQUEZ, 157 - MADRID-2

